



Obraje se hallaba a las ordenes del teniente Don Agustín de Iturbide que, segun el mismo asegura en su memoria, despreció dos propuestas que le hizo Hidalgo, la primera ofreciéndole la faja de teniente general si tomaba partido por la insurrección, y la segunda de un salvo conductor a su familia y a su padre que era español, por el cual quedaban libres sus bienes con sola la condicion de que se separase del servicio del gobierno español. Estas especies las hacen muy probables, así el valor conocido de Iturbide como el hallarse aseguradas por el doctor Labarrieta su enemigo personal.

El dia 27 determinó salir Trujillo por el rumbo de Istlauaca, para hacer una descubierta; pero a las siete de la noche se encontró con la partida unica que había quedado avanzada en el puente de Don Bernabé, la cual había sido completamente derrotada y obligada a evacuar este punto importante. Este descalabro le hizo creer que no se hallaba seguro en Toluca y lo determinó a retirarse inmediatamente al punto de Lerma que por hallarse en medio de una laguna, con dos solas calzadas para su comunicacion con la tierra, es reputado justamente inespugnable, aunque con la desventaja de no ser camino unico para Mejico. El dia 28 entró Hidalgo en Toluca y sabida la posicion de Trujillo, se resolvió a dejarlo en ella y salir por el camino de Santiago

Tianguistengo al de las Cruces y arrojarse sobre Méjico; El comandante español procuró tambien cerrar este paso cortando el puente de Atengo, para lo cual destaco una partida que no pudo o no quiso hacerlo, por cuya falta quedaba la division española completamente flanqueada y muy expuesta a ser envuelta. Allende que fué quien dirigió todas las operaciones de esta campaña, dividió sus fuerzas en dos trozos, el principal lo hizo marchar por Atengo y otro menor a las ordenes de Arias, capitán que había sido de Celaya, lo presentó sobre Lerma con el objeto de hacer una fumada falsa que distrajese a las fuerzas españolas; pero el comandante Trujillo sospechó o tuvo aviso de lo que pasaba, y dejando en Lerma al sargento mayor Mendivil con una partida de Tres-Villas, despues de haber dado por punto general de reunion a todas sus secciones el de las Cruces, las hizo marchar hacia el por diferentes direcciones, y el mismo lo verificó sin perdida de momento. Su marcha fué tan rápida que logró prevenir a sus enemigos aunque con solo la diferencia de media hora, y esto le proporcionó tomar una posicion que dominaba completamente el camino de Méjico, aunque algo desventajosa, por ser ella misma dominada de otras alturas boscosas y cubiertas de maleza. En toda la tarde se reunieron a Trujillo las diversas partidas que componian su division, inclusa la de Mendivil que confió la defensa de Lerma a un pe-

queño destacamento a las ordenes del capitán Pino.

A las ocho de la mañana del dia 50 empezaron las operaciones de Allende sobre los Españoles por simples escaramuzas que no servian sino de entretener el tiempo mientras se disponia por un lado el plan de ataque y por otro el de defensa. En estas circunstancias llegaron a Trujillo, que se hallaba sin artilleria, dos cañones de campaña que hasta entonces no se habia acordado el virey de enviarle, uno de los cuales fué inmediatamente colocado de modo que enfilase el camino, pero cubierto con ramas a fin de que sus tiros hiciesen mayor estrago en el enemigo que no contaba con ellos. La primera operacion de Allende fué hacer ocupar por un largo rodeo la parte del bosque que dominaba la posicion de Trujillo, con el objeto de cargarlo por la espalda cuando la accion se hallase empeñada por el frente. Cuando supo haberse ejecutado la orden que para esto se habia dado, que serian las once de la mañana, presentó su frente al enemigo formando una columna de ataque dispuesta de la manera siguiente: a su cabeza se hallaban cuatro cañones de campaña, e inmediatamente seguian en formacion cinco compañías del provincial de infantería de Celaya, todo el regimiento provincial de Valladolid y el batallón de Guanajuato que servia la artilleria: la retaguardia y los flancos los cubrian los dragones provinciales de Pazuaro, Reina y Priucipe, algunas com-

pañas de lanceros y un numero muy considerable de paisanos de infanteria y caballeria armados con mucha desigualdad y distribuidos en pelotones muy poco ordenados y sin ninguna disciplina : todas estas fuerzas se pusieron a las ordenes inmediatas del intrepido Abasolo que dió en esta jornada pruebas decisivas del mas heroico valor.

Allende habia resuelto que las masas enormes de los Indios no tomasen parte en la accion y quedasen a retaguardia para operaciones muy secundarias en que tal vez podrian ser utiles sin riesgo suyo y sin esponer, por su ninguna disciplina, a las fuerzas regladas en las cuales podrian introducir el desorden y confusion. Pero ellos se dieron por ofendidos, e Hidalgo que no conocia toda la importancia de esta exclusion, insistió hasta desazonarse muy de veras con Allende, en que se les diese parte y señalase puesto para la batalla. Allende tuvo que ceder y se les puso a la cabeza de las secciones de caballeria que cubrían los flancos : tambien tuvo la advertencia de ocupar las alturas que estaban al frente de la posicion de los Espanoles, no con el designio de batirlos desde ellas, pues se hallaban muy distantes, sino con el de evitar una sorpresa que lo envolviese por este lado. Como estas alturas y las que dominaban la posicion española se hallaban todas cubiertas de pinos que formaban un monte muy cerrado, se destinó a ellas el paisanaje armado del

ejercito insurjente que a campo raso ofrecia poca confianza , pero del cual se podia sacar , como en efecto se sacó, mucho partido en una posicion boscosa, en la cual los soldados enemigos tenian que medirlselas cuerpo a cuerpo con hombres que en semejante lucha les eran muy superiores.

Trujillo , como se ha dicho , habia la noche anterior tomado posicion en una pequena altura, de superficie poco estensa , que dominaba el camino , ella quedó constituida en centro de su division cuya fuerza distribuyó para la defensa de la manera siguiente : el mismo se quedó con el centro, y colocó sobre el camino con el objeto de dominarlo, uno de los cañones con que se hallaba; entre su espalda y flanco izquierdo situó al capitán Bringas con una partida de dragones y lanceros , previniéndole se emboscase y al mismo tiempo estuviese a la mira de las avenidas del noroeste, por donde podia temer una sorpresa ; cerraba el camino por la parte de Mejico una fuerte division a las ordenes del sargento mayor D. José Mendivil, y un cañon enfilaba toda la calzada ; por ultimo, a la derecha de Mendivil y sobre el flanco izquierdo de Allende , se situó otra partida de infantería compuesta de tres compañías a las ordenes del teniente D. Agustín de Iturbide.

Allende se propuso, no tanto forzar el paso cuan-  
to envolver la division de Trujillo , apoderandose,

por grandes rodeos, del camino de Mejico, que aunque quedaba a retaguardia de este, el numero considerable de sus fuerzas le proporcionaba ocuparlo sin debilitarlas. Al efecto mandó desfilar por camino de vereda una fuerza de tres mil paisanos armados y montados que saliesen a situarse entre Cuajimalpa y el enemigo mientras se combatía en las Cruces.

Dadas estas disposiciones, a las once se rompieron los fuegos por ambas partes, empezando por la de Allende : al principio la accion se empeñó solamente en ambos frentes en la que los Indios, como se había previsto y era de suponerse del desorden en que se presentaban llevaron la peor parte, pues murieron a centenares por los fuegos que se cruzaban de ambos lados : esto los llenó de pavor y muy pronto abandonaron el campo, mas no tan sin consecuencias que dejase de causar algun desorden en la columna de ataque; pero esta se rehizo prontamente y se mantuvo sin perder terreno por todo el tiempo que duró la accion. Cerca de la una del dia las emboscadas de Trujillo casi simultaneamente se encontraron con los enemigos que descendian de las alturas, y entonces la accion se hizo general y se peleó por ambas partes con valor y decision poco comun , siendo la perdida casi igual por los dos lados aunque replegándose continuamente sobre su centro las tro-



pas españolas. El capitán Bringas a muy pocos momentos de principiada la acción recibió una herida mortal, y Mendivil que se hallaba en la calzada, puesto el mas peligroso, recibió tambien varias de que no logró convalecer sino al cabo de mucho tiempo. Otros muchos oficiales tuvieron la misma suerte, y los soldados cuyo desaliento era ya visible, empezaron a desmayar hasta el grado de obligar a Trujillo a que oyese las proposiciones de acomodamiento que sin cesar le hacían los que peleaban contra él. Se prestó pues, a dar este paso, pero con el designio de atraerlos a un lugar donde pudiesen perecer por medio de la mas vil traicion e inaudita mala fe. Así lo hizo, sinjiendo oír sus proposiciones y mandando hacer fuego luego que los tuvo a tiro, y este hombre infame e inmoral no tuvo vergüenza de confesar un hecho tan bochornoso y gloriarse de él en el parte detallado que dió al virey.

La irritacion subió de punto en los animos de los que ofrecieron el parlamento, de modo que antes de las cinco de la tarde Trujillo se hallaba reducido a solo su centro y desalojado de los demás puntos que había ocupado. A esta hora le llegó la noticia de que sus enemigos empezaban ya a ocupar el camino de Mejico que quedaba a su espalda. Entonces, segun el mismo asegura, temeroso de ser envuelto y faltó absolutamente de municiones, resolvío la retirada que no dejaba de ofrecer dificul-

tades. Si los insurgentes hubiesen sabido aprovecharse de las ventajas adquiridas, habrían impedido su retirada, pero se contentaron con lo hecho hasta entonces y no le hicieron una resistencia vigorosa, limitándose a un débil tiroteo que no impidió llegaren a Cuajimalpa los débiles restos de esta división derrotada. Trujillo emprendió su retirada después de las cinco de la tarde y aseguró al virey haber quedado desmontados, desmuñonados y clavados los dos cañones que después recobró Calleja intactos en Aculco. En el camino se le desertó la mayor parte de los pocos que le seguían, de modo que llegó a Cuajimalpa casi solo, y aunque ya había oscurecido, no considerandose seguro, continuó para Santa-Fe a donde llegó ya muy entrada la noche : allí hizo alto hasta el dia siguiente en que amaneció con poco mas de cuarenta hombres que lo acompañaron hasta Chapultepec donde vino a situarse.

En Méjico, desde el domingo 29 de octubre en que se supo la ocupación de Toluca por las fuerzas de Hidalgo, empezó la alarma que se fué aumentando por grados y por momentos. Todos los vecinos acostumbrados así Españoles como Méjicanos entraron en los más grandes temores por las perdidas con que los amenazaban fundamentalmente las masas indisciplinadas de los insurgentes si llegaban a apoderarse de la capital, en la que indudablemente habrían cometido mayores excesos de los que hasta

entonces se habian dado tan funestos ejemplos en los otros lugares y poblaciones. Asi es que cada cual ocultaba lo que tenia en los monasterios de frailes y monjas, y en otros lugares que se creia serian respetados del furor popular ; y se puede asegurar, sin temor de equivocarse, que ningun hombre medianamente acomodado, por mucho que fuese su afecto a la independencia, deseaba la entrada de Hidalgo en Mejico.

El virey, cuyos temores siempre habian sido menores de lo que debian, conoció entonces el error en que habia estado, y se apresuró a tomar todas las medidas de defensa que pusiesen la ciudad a cubierto de una invasion. Ademas de la division de Trujillo que se hallaba en el camino de Toluca se resolvió a formar un campamento con las tropas que le quedaban en la ciudad que serian tres mil hombres escasos, pero los situó tan mal que si los insurjentes se hubiesen aproximado a Mejico, las tropas acantonadas no hubieran podido defenderlo ni tampoco sostenerse. En una calzada a lo mas de veinte varas de ancho, fuera de la qual no hay sino terrenos fangosos, y que se halla dominada en su frente y costados por dos arquerias de poca elevacion situadas a tiro de cañon que pueden ser ocupadas y servir de parapeto al enemigo, fué donde Venegas formó dos líneas de tiendas de campaña. Cualquiera que haya visto el paseo de

Bucareli conocerá la exactitud de esta descripción, y la impericia de quien mandó situar en el las tropas que debían formar el campo, sin levantar siquiera un parapeto que las resguardase del lado de las arquerías.

Cuando en Méjico se supo la derrota de Trujillo la alarma se aumentó, y la consternación y el terror se vieron pintados en los semblantes de todos : se despacharon extraordinarios a todos los puntos de donde se podía esperar socorro, se le ofició a Calleja a quien se suponía en Querétaro, para que a marchas forzadas viniese a la capital, se mandaron acuartelar a los Urbanos distinguidos de Fernando VII, y al regimiento del comercio de la misma clase, para mantener el orden en el interior de la ciudad y salir en auxilio de las tropas acampadas si fuese necesario. Hasta la superstición vino en auxilio de las fuerzas del virey, pues la imagen de la *Virgen de los remedios*, muy venerada en Méjico y de la que se cuentan muchas fabulas sobre el auxilio que en la conquista prestó a los Españoles contra los Indios, y cuyo santuario se halla situado a las inmediaciones del camino por donde Hidalgo venía, se apareció de repente en la ciudad, a donde es anualmente conducida con gran pompa cuando las fiestas no son tan prontas como lo exigen las necesidades de los Méjicanos. Es el caso que al capellan de su santuario le ocurrió que la imagen con la

aproximacion de Hidalgo podia correr un riesgo que ni el ni nadie supo esplicar cual podria ser, y poseido de este panico terror la metio en un coche y se vino con ella a Mejico. Luego que Venegas lo supo corrio para catedral y con un aire de devocion afectada que le sentaba muy mal, se presento en este templo y represento en el una escena de teatro en que no se perdonaron las lagrimas, dirigiendo a la imagen una alocucion en tono sentimental para invocar su auxilio, acabó por poner a sus pies el baston que llevaba en la mano, declarandola generala. De estas miserables supercherias hubo ejemplos muy repetidos en todo el curso de la revolucion.

Entre tanto como Calleja no se presentaba ni habia noticia ninguna de el, la agitacion de la ciudad se aumentaba; los Espanoles tuvieron por inevitable su ocupacion por las masas insurjentes, y cayeron en el mas profundo abatimiento; los Mexicanos deseaban el triunfo de la causa aunque temian los desordenes que debian acompañarlo en una ciudad tan grande, tan rica y tan fecunda en malefichos; y el gobierno, sin medios de resistencia, ni fuerza suficiente para cubrir los puntos de una linea de poco mas de cuatro leguas en que se puede estimar el recinto de la ciudad, no pensaba sino en retirarse a Puebla o Veracruz. Todo pues conspiraba a facilitar la ocupacion de la capital por las fuerzas insurjentes, y Allende, Abasolo, Aldama y demas ge-

fes instaban por que no se perdiese la oportunidad de dar el ultimo golpe al gobierno antes de que se aproximase Calleja que venia a toda prisa en su auxilio. Es en efecto muy probable que la toma de Mejico no habria ofrecido mayores dificultades siendo como es una ciudad abierta, cuyos puntos no podian cubrirse por el corto numero de sus defensores contra los ataques de sublevacion interior y la irrupcion de masas numerosisimas que se precipitaban sobre ella por fuera ; y es casi cierto que una vez ocupada la capital las fuerzas que se hallaban a las ordenes de Calleja habrian sufrido bajas considerables o pasados al enemigo. Pero Hidalgo a cuya serenidad y decision se debio el que la revolucion no hubiese sido sufocada en su cuna , se acobardó sobrenatural con las bajas que habian sufrido sus masas en el triunfo que sobre las fuerzas españolas acababan de obtener en las Cruces , y se obstinó contra el dictamen de los demas jefes y contra lo que indicaba la naturaleza misma de su posicion , en que era necesario reacerse antes de volver a entrar en campaña.

Esta falta indisculpable aun para el hombre de mas vulgares nociiones, se ha querido disculpar en Hidalgo, suponiendo que fué impulsado a cometerla por el deseo de evitar a Mejico los desordenes que sus masas le causarian en una violenta ocupacion : el credito que merece semejante suposicion puede

valuarse por lo que pasó en Celaya, Guanajuato y Valladolid. Allende que desde el principio había conocido la mala dirección que llevaban los negocios, acabó de indisponerse con Hidalgo y se separó de él dirigiéndose a Guanajuato, y este caudillo no permaneció en las inmediaciones de Mejico sino para cometer otra falta que acabó de dar en tierra con su prestígio. Resuelto ya a no acometer, nombró a Don José Mariano Jiménez para que se presentase a Venegas en clase de parlamentario, a fin de proponer una especie de arreglo, que aunque se quiso disfrazar con amenazas, era una suspensión de hostilidades. El virey rehusó escuchar a Jiménez, pero no se desuidó en hacer conocer al público lo que ya sabía por las inteligencias que mantenía en el campo enemigo, y esto hizo que tomasen aliento los Españoles que lo habían perdido por las últimas ocurrencias. Su espíritu abatido se repuso aun más por la retirada de Hidalgo que entre el 2 y 5 de noviembre levantó el campo con el designio de regresar a Valladolid. Entre tanto el virey que ignoraba donde se hallaba Calleja, mandaba los correos uno tras otro dando y repitiendo sus órdenes para que se acercase a la capital y viniese a socorrerla.

El ejército del general Calleja se formó de las fuerzas de su brigada, de las que levantó extraordinariamente en ella, y de la división que el virey

habia puesto a las ordenes del conde de la Cadena. Este ultimo recibió ordenes de Mejico para efectuar luego que pudiese su reunion con Calleja, y despues de haber convenido ambos jefes en los medios de verificarlo, se señaló el pueblo de Dolores como punto sobre el cual deberian avanzar dichas divisiones. El 24 de octubre salió Flon de Queretaro y el 28 entregó la division y su mando a Calleja en el espresado pueblo. Estas fuerzas se movieron inmediatamente sobre Mejico, y el proyecto primero fué dirigirse por Celaya y Acambaro a Toluca; pero se varió despues por los avisos repetidos que dió el comandante de Queretaro, Garcia Rebollo, de hallarse amenazada la ciudad segun se creia por el grueso de las fuerzas de Hidalgo, que se hallaban sin embargo muy distantes. Se destacó pues, una columna de caballeria del ejercito de mil seiscientos caballlos y se ordenó a su comandante D. Manuel Pastor que fuese sus marchas para llegar a tiempo; pero ni era el grueso del ejercito insurjente el que amenazaba a la ciudad, ni Pastor llegó sino cuando el ataque habia pasado.

Un paisano llamado Sanchez que habia tomado partido por Hidalgo fué el que se presentó delante de Queretaro con una multitud desarmada de Indios que llegaria a seiscientos hombres, los cuales se dispersaron al primer cañonazo que se disparó del fuerte de la Cruz dejando algunos muertos. Ca-

lleja entró en Queretaro el dia 4 de noviembre, despues de un dia de descanso continuó para Mejico, y al llegar el 6 a las inmediaciones de Arroyosarco tropezó con algunas avanzadas de Hidalgo que ignoraban la aproximacion de las fuerzas españolas como estas ignoraban la de aquellas. Calleja dispuso entonces que una partida de mil doscientos caballos a las ordenes del coronel D. Miguel de Emparan saliese a reconocer los campos y pueblos de las inmediaciones, para adquirir noticias en orden a la situacion, numero y calidad de las fuerzas insurrectas. Cuando esta descubierta regresó al campo, su jefe informó que Hidalgo se hallaba con poco mas de cuarenta mil hombres en el pueblo de Aculco y sus inmediaciones, y que careciendo esta fuerza de armamento, orden y disciplina, parecia poco temible.

La relacion de Emparan era exacta, pues Hidalgo al retirarse había sufrido deserções muy considerables que habian hecho bajar en una mitad las masas que lo seguian; y las fuerzas regladas que habian sostenido la accion de las Cruces, en el desconcierto universal, acabaron de perder su poca organizacion, no teniendo jefes que las obligasen a mantenerla, ni cuidasen del armamento y demas utiles que constituyen el equipo del soldado. Con estas noticias Calleja se aproximó y sentó su campo a dos leguas de Aculco, donde pasó la noche

dando sus disposiciones para atacar el dia siguiente.

La posicion de Hidalgo, segun la describe el mismo Calleja, consistia en una loma casi rectangular que dominaba el pueblo de Aeuleo y toda la campaña por los dos lados de oriente y norte, circundada de un arroyo y barranco poco practicables aun para la infanteria: de los otros dos lados, situados al poniente y sur, el menor de cuatrocientas varas, se hallaba sobre un cerro alto, aislado entre la sierra y montes espesos, y el mayor de unas mil y quinientas varas, era el principio de una falda muy suave de la misma sierra que a distancia de media legua empezaba ya a ser escabrosa y dificil. La formacion de las fuerzas insurgentes era la de batalla en dos lineas y entre ellas una figura oblonga llena de gente, todo sobre la loma, y la artilleria a los bordes de esta. El ejercito español form o su cuerpo de ataque en cinco columnas, tres de las cuales se hallaban en el centro y las otras dos a los flancos: la reserva se form o en dos lineas con el nombre de primera y segunda, y ya dispuesto todo se di o la orden de marcha, simulando un ataque sobre la izquierda y estendiendose por la derecha para cortar la retirada al mismo tiempo que se acometia el centro que formaba la verdadera columna de ataque. La artilleria de Hidalgo mal servida y peor situada no produjo efecto alguno, de manera que los Espanoles marcharon sin tener que vencer otros

obstaculos que los naturales hasta ponerse a tiro de fusil de la posicion enemiga, que fué por el centro atacada a la bayoneta y tomada en el momento. Entonees la caballeria de los flancos y la de reserva, dividida en varias partidas, recibió la orden de perseguir a los fujitivos, en los cuales hizo grandes destrozos, que habrian sido mayores, si la aspereza del terreno no hubiese impedido seguirlos a mayor distancia. La victoria fué facil, pronta y completa; por ella se recobraron los cañones que habia perdido Trujillo, se tomaron otros doce, todo el parque y una multitud de armas de todas clases: a ella tambien debieron su libertad el intendente Merino y los coronelos Rul y Garcia Conde: todos los jefes insurjentes lograron escapar, y por caminos de vereda llegaron unos a Guanajuato y otros a Valladolid, pero ya muy debilitado el concepto que disfrutaban y el prestijio que una serie no interrumpida de felices sucesos habia acumulado sobre ellos. La victoria de Aculco, muy ventajosa sin duda al gobierno de los Espanoles, no podia decidir de la suerte de la revolucion que obtenia ventajas al mismo tiempo que sufria derrotas, y compensaba las unas con las otras.

Mientras las masas de Hidalgo que fueron sobre Mejico se disipaban, se perdian para los Espanoles las ciudades de Guadalajara, San Luis de Potosí y Zacatecas, y con ellas las provincias de que eran

capitales. Gobernaba la ciudad de Guadalajara el brigadier D. Roque Abarca, y luego que supo los movimientos de Dolores, de acuerdo con la Audiencia de que era presidente nombró una junta de guerra para consultar y dirigir la defensa que se intentaba de la ciudad y la provincia. Se empezó por llamar las fuerzas que se hallaban en Tepic y puerto de San Blas, poner bajo el pie de guerra el batallón provincial, y levantar algunas compañías de voluntarios, compuestas de estudiantes y dependientes de las casas de comercio. El obispo diocesano Ruiz de Cabañas no creyó que hacia bastante con las exhortaciones y preceptos a su clero para que predicasen contra la insurrección y sus jefes, sino que levantó un cuerpo militar que llamó *cruzada*, compuesto en su mayor parte de eclesiásticos seculares y regulares que a son de campana se reunían en la casa episcopal, de donde salían armados, montados y en formación, capitaneados por el prelado y precedidos de un estandarte con cruz roja, para ejercitarse en el manejo del arma, y en las evoluciones militares.

Entre las medidas precautorias que tomó la junta para impedir que la insurrección hiciese proselitos en la ciudad, fué una de ellas el situar en el puente de Guadalajara un destacamento con orden de impedir se introdujesen personas sospechosas o desconocidas, y con la de prescribir, bajo severís-

mas penas, a los que se permitia pasar, el mas profundo silencio sobre los progresos que hacian Hidalgo y sus compañeros.

Mientras en Guadalajara se tomaban estas medidas de defensa y precaucion, un hombre sencillo, habitante del campo y honrado en toda la estension de la palabra, llamado D. Jose Antonio Torres, persuadido de ser llegado el caso de libertar a su patria, levantó una partida que armó a su costa y se situó en las inmediaciones de la Barca. El gobierno de Guadalajara temiendo que esta fuerza se engrosase hizo salir contra ella dos divisiones, cada una de quinientos hombres, la primera se puso a las ordenes del oidor D. Francisco Recacho, y la segunda a las de D. Tomas Villaseñor, hacendado rico a quien se dió el grado de teniente coronel. Torres batió el dia 5 de noviembre, completamente la division de Recacho en las inmediaciones de la Barca, de manera que este no pudo ni aun fugarse, y se refugió a la casa del cura; pero no creyendose tampoco seguro en ella, logró salvarse de una manera que hoy parecerá, con especialidad en Europa, absolutamente increible, y fué que el cura de la Barca tomó la custodia en que se espone publicamente el sacramento, entró en un coche con ella llevando a Recacho a su lado, y caminó de esta manera hasta Guadalajara entre los insurjentes, no solo sin obstaculo, sino recibiendo los honores que

por ordenanza deben hacer los militares al sacramento cuando sale publicamente. Despues de la ventaja obtenida en la Barea por Torres, Portugal y Navarro, jefes tambien insurgentes se dirijeron a Zacoalco donde hallaron y batieron la division de Villaseñor, quedando este y cuantos la componian prisioneros, y sin perdida de momento avanzaron todos sobre Guadalajara.

En esta ciudad a la primera noticia de haber sido derrotadas las divisiones, cayeron de animo sus defensores : el presidente Abarea se ocultó, el obispo se fugó precipitadamente a San Blas haciendo a sus feligreses predicciones funestas que no se cumplieron, y los Espanoles se dirijeron al mismo punto con sus bienes en una caravana que comandaban los oidores Alba y Recacho que se apoderaron en todos los pueblos del transito de los caudales pertenecientes a la hacienda publica. En la ciudad no quedaban otras autoridades que la Audiencia y el Ayuntamiento, y esta ultima en representacion del vecindario nombró comisionados para que saliesen a poner la ciudad a disposicion de Torres, y ajustar con el un convenio por el cual quedasen a salvo las vidas y propiedades de sus habitantes. Este jefe se prestó a cuanto se exigió de el, ocupó a Guadalajara con sus fuerzas el dia 44 de noviembre, e inmediatamente declaró a las autoridades que podían continuar en el ejercicio de sus funciones, que

el era un hombre que no conocia la marcha de los negocios, ni entendia los asuntos de gobierno, y que por lo mismo se hallaba resuelto a no tomar parte en ellos, ni embarazar la accion de los funcionarios publicos, limitandose a defender la ciudad contra los Espanoles en caso de ser atacada. Como lo dijo lo cumplio; ninguno sufrio persecuciones, su fuerza no cometio escesos, el orden que no se habia interrumpido continuo, y en Guadalajara un hombre oscuro, sin principios, sin reputacion ni concepto, pero verdaderamente honrado y de suma sensatez, dió un giro a la causa de la independencia que no atinaron a darle los que se tenian por de un merito superior. Este hombre, sin embargo que no habia hecho mal a nadie, y que habia salvado de los horrores revolucionarios a la segunda ciudad del vireinato cuando todos los que defendian la misma causa entregaban al saqueo y a las furias de un pueblo desensfrenado las ciudades que ocupaban, fué condenado como malechor por los Espanoles que lo hicieron prisionero, a un suplicio cuyos horrores se procuraron agravar, y ha sido olvidado por los Mejicanos al decretar honores a sus heroes, entre los cuales merecia ser contado con preferencia a algunos que tal vez no los merecen.

Si el hombre que se apoderó de Guadalajara era recomendable bajo todos aspectos, el que lo hizo de

Zacatecas debe considerarse como un facineroso verdadero. En esta ciudad se supo el pronunciamiento de Hidalgo a fines de setiembre, e inmediatamente los principales Españoles avecindados en ella, se reunieron en la casa del intendente D. Francisco Rendón para tratar de los medios de defensa y pedirle se confiase a ellos esclusivamente la custodia de la ciudad. El intendente se prestó a todo, y en consecuencia se procedió al acopio de armas y dinero, y a levantar el cuerpo de voluntarios compuesto como en todas partes de los dependientes de las casas de comercio casi en su totalidad españolas. El ardor que se manifestó en los primeros días decía visiblemente a proporcion que la empresa de Hidalgo progresaba, de manera que cuando este tomó a Guanajuato los defensores de Zacatecas no pensaron ya sino en salvarse, y su temor era tan grande que se recataban unos de otros para la ejecución de este designio.

Desde principios de octubre empezaron a desaparecer algunos Españoles con sus caudales y familias, dirigiéndose a Altamira para embarcarse, y ya el día 7 la ciudad se hallaba evacuada completamente por la ausencia de sus defensores. Como el intendente Rendón era uno de los que se habían ausentado, el Ayuntamiento creyó que se hallaba en el caso de llenar el vacío que resultaba en la autoridad, y nombró para desempeñarlo al conde de San-

tiago de la Laguna que se allanó a ocupar el puesto interinamente. La ciudad permaneció tranquila, y en una especie de neutralidad hasta fines de octubre en que se presentó en Aguas-Calientes con el designio de ocuparla una partida compuesta de hombres desnudos, sin arreglo, sin disciplina ni armas, a las ordenes de un jefe que entonces se hacia llamar Iriarte, y en diversas épocas anteriores había sido conocido con los nombres de Martínez y Laiton.

Ni Iriarte ni los que se hallaban bajo de su mando podían inspirar confianza al vecindario de Zacatecas; pero como se carecía de fuerzas para impedir que ocupasen la ciudad, el Ayuntamiento y el intendente procuraron entrar en composición y sacar todo el partido posible. Al efecto nombraron en clase de comisionados al doctor D. José María Cos y al presbítero D. Manuel de las Piedras, los cuales lograron impedir los males que justamente se temían. Este procedimiento necesario en las circunstancias y por el cual la ciudad de Zacatecas salvó los bienes y personas de sus habitantes, indispuso mucho al virey que descargó su colera contra los negociadores señalándose especialmente con Cos a quien mandó prender y encausar, reusandole el pasaporte que pedía para España a donde pensaba retirarse para no verse comprometido con ambos partidos cuyos excesos reprobaba. Estas violencias

lo obligaron a tomar partido por la insurrección a la cual como se vera adelante prestó importantes y señalados servicios.

La revolución de San Luis Potosí fué obra de fray Luis Herrera que tomó partido por Hidalgo en Gómez Calaya y se separó de él a pocos días con instrucciones para espiar a Calleja, seducirle el todo o parte de la tropa si era posible, y dar avisos repetidos de todos sus movimientos y de cuanto pudiera importar. Con el designio de ocultarse y de ser *menos conocido* Herrera cambió el traje de fraile por el secular, y marchó a su comisión; pero apenas había llegado a las inmediaciones del Jaral, cuando las partidas de Calleja lo detuvieron e hicieron sufrir un interrogatorio en el cual se manifestó embarazado por no hallarse prevenido para él. Calleja necesitaba poco para tener a un hombre por sospechoso, y visto lo ocurrido con Herrera no vaciló en hacerlo prender y conducir a la cárcel pública: entonces este conociendo la imposibilidad de evadirse declaró ser fraile, y se le mandó conducir al convento del Carmen de donde logró salir a pocos días para el desu orden de San Juan de Dios, siempre en clase de arrestado y bajo la fianza de su prelado y comunidad.

Luego que Calleja salió en persecución de Hidalgo, Herrera, de acuerdo con fray Juan Villerías también Juanino volvió a sus antiguos proyectos de sustraer a San Luis de la dominación española;

pero la cautela con que se veia precisado a proceder no le permitió adelantar mucho los primeros días hasta que a principios de noviembre logró que un oficial de lanceros de San Carlos llamado D. Joaquín Sevilla y Olmedo tomase parte en la conjuración. Este espiaba las ocasiones de poder seducir la guarnición, y cansado de aguardarlas, la noche del 10 de noviembre se resolvió a uno de aquellos pasos atrevidos en que el éxito es difícil, pero una vez logrado es decisivo: aguardó pues en una de las calles a que pasase una patrulla, y a nombre del jefe de la plaza le dió orden de que lo siguiese para evacuar una comisión importante; los soldados que la componían obedecieron sin dificultad y lo mismo hicieron los de otra que encontraron después. Con esta fuerza se aproximó Sevilla al convento de S. Juan de Dios donde se le reunieron los frailes Herrera y Villerías, y ya unido con ellos se presentó en el del Carmen cuyas puertas se hizo abrir a pretesto de pedir confesión. Los presos por causas políticas que eran en número considerable y entre los cuales se hallaban muchos oficiales de la brigada de San Luis estaban en este convento, y lo primero que hizo Sevilla fué ponerlos en libertad y caer con su auxilio sobre la guardia que los custodiaba; luego que esta se rindió los conjurados se dirigieron a la cárcel y sorprendieron también su guardia dando libertad a los que se hallaban en ella. No hubo

la misma facilidad para apoderarse del cuartel de artilleria, mas a costa de algunas perdidas se logró vencer todos los obstaculos, y dueños ya de el los sublevados sacaron diez cañones que asestaron contra la casa del comandante Cortina en donde este aun persistia en defenderse; pero a la vista de esta bateria se vió obligado a ceder quedando prisionero con la tropa. Al amanecer del dia 44 todo estaba terminado sin otro desorden que el saqueo de la casa del comandante, concluido el cual se restableció la tranquilidad publica, quedando la provincia bajo la autoridad de D. Miguel Flores que fué nombrado intendente.

Pero la ciudad de San Luis estaba destinada a sufrir mas de los estraños que de sus propios conjurados : D. Rafael Iriarte de quien antes se ha hablado , no habiendo podido saquear la ciudad de Zacatecas resolvió hacerlo con San Luis, y a efecto de lograrlo , pidió permiso al comandante Sevilla, para pasar por esta ciudad con toda su fuerza armada que pretestaba conducir a Guanajuato en auxilio de Allende. Sevilla no tuvo dificultad en concederselo , y lo recibió y festejó con todas las demostraciones de regocijo propias del caso : pero pagó muy caro su confianza y sus obsequios, porque en uno de los bailes que Iriarte le dió con el pretexto de corresponderle, y al que asistian los frailes Herrera y Villerias, fueron arrestados todos tres, e